

Era un dolor inmenso como su idea el morir sin haber revelado las bellezas desconocidas que se pusieron de manifiesto á su admiracion, dejar de aquella manera en la ignorancia del Nuevo Mundo á las naciones cristianas, y en la ignorancia del Cristo á aquellos pueblos nuevos. El morir cuando habia tocado en la costa del oro, cuando creia que estaba en su mano librar los Santos Lugares; morir con su triunfo de la verdad, aquella conquista cosmográfica la más importante de la humanidad, equivalía á la agonía del alma, del corazon, y de la inteligencia; era morir tres veces, espirando una sola. Si el peligro lo hubiese corrido él solo, habria soportado, dice él mismo, su desgracia con mayor resignacion; habia visto tan á menudo la muerte de cerca, que no la hubiera temido más ahora que en otras ocasiones. Lo que aumentaba todavia más su dolor, era el pensar que causaba él mismo la pérdida de tantos hombres que en su mayor parte le habian seguido contra su voluntad, y que, sumidos en profunda desesperacion, le maldecirian en su última hora, acusándole de su desgracia. Pensaba tambien en sus dos jóvenes hijos que hacian entónces sus estudios en Córdoba, é iban á quedar huérfanos en tierra extranjera, donde se encontrarían sin apoyo; porque, ignorando los Reyes el servicio que hubiese prestado su padre, ya no se acordarian más de aquellos pobres niños.

Colon entró en su camarote en medio de los lamentos de la tripulacion, de los chubascos, de los golpes de las olas, de los crugidos de la *Niña* medio sumergida, del rechinar de las garruchas, del estrépito de las bombas, venciendo la postracion de tan prolongada fatiga; y ya en él, con mano tan rápida como firme, á pesar del horrible balance, escribió precipitadamente en un pergamino (1) el resumen de sus descubrimientos; envolviólo en otra hoja en la que suplicaba al que leyera aquellas líneas que lo trajera á la reina de Castilla, prometiendo, en su nombre, una recompensa de mil ducados. Encerró el pliego en una tela encerada, sellóla con su sello, metiéndola despues en un pedazo de cera, que colocó en un tonel vacío, y habiéndolo cerrado herméticamente, mandó echarlo en el mar. La tripulacion sólo vió en esta ofrenda á las aguas el cumplimiento de un voto secreto.

Por temor de que las corrientes arrastraran léjos de Europa aquel encargo desesperado, habia hecho dos copias de él, y puesto el otro ejemplar en un segundo tonel que ató sólidamente en la popa de la carabela, esperando que si la *Niña* llegaba á zozobrar, podría sobrenadar el tonel y ser recogido algun día.

Miéntas tanto, el viento se volvió de la parte del Oeste continuando las borrascas. El mar seguía siempre irritado y revuelto.

(1) «Tomó un pergamino, y escribió en él todo lo que pudo.»—*Jués, 14 de febrero.*

## § II.

El viérnes, 15 de febrero, al salir el sol se descubrió tierra al Nor-este: su vista reanimó á los marineros; no obstante, el mar estaba siempre borrascoso de la parte del Poniente. Los pilotos creían estar, atendiendo su cuenta, en las costas de España, pero el Almirante les anunció las Azores (1). Con todo, la violencia del mar, aunque habia disminuido, no les permitía aproximarse. Pasaron todo el día, la noche, y el día siguiente bordeando para intentar saltar en tierra, pero en vano. En la noche del sábado al domingo, el 17 de febrero, hallándose el Almirante como tullido de las piernas, se vió obligado á acostarse un momento, despues de haber permanecido, á pesar de un ataque de gota, desde el primer soplo de la tempestad hasta aquel momento, es decir, durante cuatro días y cuatro noches expuesto á la lluvia, al viento, á los golpes de mar sin descansar un momento y casi sin alimentarse. Sin embargo desde el alba, volvió á tomar el mando, gobernó al Sud-sudoeste, y finalmente, á la noche llegó á una isla que la oscuridad no permitía distinguir. Dióle la vuelta para buscar un anclaje, é intentó echar un ancla; pero la perdió casi en el mismo instante. Fué preciso darse otra vez á la vela y hacerse mar adentro á fin de evitar un contratiempo. El lunes, finalmente, logró tomar tierra. Estaban en Santa Maria, la más meridional de las Azores, que pertenecian al rey de Portugal.

De pronto quedaron asómbrados los habitantes de que un buque tan débil, y en el estado en que se encontraba, hubiese podido soportar una tempestad tan larga y tan furiosa; pero se maravillaron mucho más todavia cuando supieron de dónde llegaba la pequeña carabela. Al saber la noticia del descubrimiento de las Indias, dieron gracias á Dios (2) y manifestaron grande alegría. Su imaginacion no podía cansarse de oír las narraciones que se les hacian de aquel nuevo mundo.

Á eso del anochecer acudieron tres hombres á la orilla y llamaron á la *Niña* que echó un bote al mar para recogerlos. Llevaban al Almirante volateria, pan tierno, y diversas provisiones frescas, de parte del gobernador de la isla, quien, segun decian ellos, debía ir al día siguiente á visitarle, traerle nuevas provisiones, y devolverle tres marineros que tenia detenidos en tierra, por el placer de escuchar sus maravillosas relaciones. Como ya era tarde, mandó Colon que los tres enviados durmieran á bordo.

(1) «El Almirante por su navegacion se hallaba estar con las islas de las Azores, y creia que aquella era una dellas.»—*Viérnes, 15 de febrero.*

(2) «Los cuales dieron muchas gracias á Dios, y hicieron muchas alegrías.»—*Lunes, 18 de febrero.*

Á la hora del alba, no queriendo el Almirante diferir el cumplimento del voto hecho por la tripulación, de ir descalzos y en paños menores á la Iglesia de Nuestra Señora, en la primera tierra á que aportaran, suplicó á los tres enviados que volvían á la ciudad, que enviaran un sacerdote á la ermita de Nuestra Señora, situada cerca del mar, á la parte opuesta de un cabo. La mitad de la tripulación se dirigió procesionalmente á dicha iglesia. Mientras que los españoles se hallaban orando cerca del altar, la guarnición de la isla cercó la iglesia é hizo prisioneros á los pobres peregrinos,

El Almirante aguardaba la vuelta de la lancha para ir con la otra mitad de su tripulación á la ermita. Á las once, viendo que nadie parecía, sospechó que habían sido detenidos sus marineros, ó que la embarcación se había estrellado en una de las rocas del cabo. Desde su anclaje no podía descubrirse la ermita; así pues levó anclas en seguida para dirigirse á un punto desde donde pudiese descubrirla. Efectivamente, no tardó en ver un cuerpo de jinetes que, apeándose, entraron enteramente armados en la lancha, y se dirigieron hacia la carabela como para asaltarla al abordaje. Cuando estuvieron en situación conveniente de ponerse al habla, el gobernador de la isla, que dirigía personalmente aquella traición, pidió un salvo-conduto para su seguridad personal si subía á bordo. Concedióselo el Almirante, pero no fiándose el astuto portugués de una palabra que de seguro habría él mismo violado en un acto semejante, no abandonó la lancha.

Prégnóle el Almirante que por qué, contra las leyes de la hospitalidad, violando el derecho de gentes, retenía á sus marineros, cuando los portugueses se hallaban en los Estados de Castilla tan seguros como en Lisboa. Añadió que el rey y la reina, cuyo gran Almirante era él para el mar Océano, le habían mandado tratar con distinción los buques portugueses que pudiera encontrar. Aseguróle que si no le restituía aquella parte de su tripulación, no por eso dejaría de continuar del mismo modo su viaje con la restante, y que haría castigar severamente aquella odiosa perfidia.

Contestóle el gobernador con tono arrogante que allí no se inquietaban por el rey ni la reina de Castilla, ni por sus cartas, y que él le haría saber lo que valía Portugal. Cuando hubo agotado su jactancia y lanzado todas sus fanfarronadas, dijo insolentemente al Almirante, que, si le parecía bien, podía volver al puerto con su carabela, que él se sentía muy tranquilo, por no haber obrado sino en virtud de las órdenes del rey su amo.

Debióse limitar el Almirante á fulminar terribles amenazas contra semejante deslealtad. Obligado por el estado del mar, fué preciso volver al puerto, que no era muy seguro. Su primer cuidado fué entonces precaverse contra toda eventualidad peligrosa. Estibó primeramente con precaución todo su cargamento, procuróse lastre provisional llenando de agua de mar los barriles vacíos. Sabía que estaba en

un puerto malo, y además, temía que durante la noche, le cortaran sus amarras aquellos pérfidos enemigos, como efectivamente así sucedió. Vióse pues obligado á huir en medio de la oscuridad, para buscar en las sacudidas de alta mar un abrigo contra los peligros de la costa. Por espacio de dos días y una noche estuvo expuesto á los más inminentes peligros; porque entre los hombres que le quedaban á bordo, sólo contaba con «tres marineros,» lo restante se componía de indios y grumetes. Afortunadamente las olas se estrellaban contra un costado del buque, en lugar de azotarlo por todas partes, como en los días anteriores. Con el corazón siempre levantado hacia su divino Maestro, dióle gracias el Almirante por la disminución de este peligro.

El viernes, 22 de febrero, habiendo vuelto Colon, por una repentina resolución, á fondear en el puerto que había tenido que abandonar, vió muy luego á un hombre que, agitando su capa, hacía señas á la *Niña* para que esperara. Poco rato después atracó la lancha al lado de la carabela, llevando dos eclesiásticos y un notario. Pedían garantía para su seguridad antes de subir á bordo. Habiéndola concedido el Almirante, subieron y le invitaron á que les mostrara los papeles del buque, para asegurarse de que estaba realmente agregado al servicio de los Reyes católicos. No habiendo tenido buen éxito el golpe de mano proyectado, y temiendo las consecuencias de aquel asunto, procuraba el gobernador salirse de aquel mal paso con un pretexto plausible. Adivinándolo el Almirante, consintió en mostrarles sus diplomas, y les dió algunos de los objetos que traía del Nuevo Mundo. Pareciendo quedar suficientemente satisfechos acerca de su cualidad los delegados del gobernador, le devolvieron junto con la lancha todos los hombres de la tripulación que tan deslealmente le habían detenido. Supo por sus marineros que si el gobernador hubiese logrado apoderarse de su persona, no le habría devuelto jamás la libertad, porque era aquella la orden terminante del rey don Juan II.

En seguida se levaron anclas, y la *Niña* evolucionó al rededor de la isla, á fin de proveerse de madera y cargar piedras para lastre; pero la violencia de la resaca impidió que atracasen las embarcaciones. Las señales precursoras del viento del Sud, que en aquellas aguas es peligroso esperar en sus amarras, decidieron al Almirante á continuar su ruta, favorecido por una fuerte ventolina. El mar se había sosegado, y Colon daba por ello gracias á Dios en su diario, como las daba en su corazón. El camino fué pasable por espacio de otros dos días; después los vientos contrarios renovaron las fatigas y peligros de que se creían ya libres.

## § III.

El 1.º de marzo pudieron seguir favorablemente su rumbo, y lo mismo el día siguiente.

El 3, al ponerse el sol, una borrasca repentina destrozó todas las velas de la *Niña*, y poco faltó para que la hiciera zozobrar: la Providencia empero dejó caer una mirada sobre su siervo. «Dios quiso librarle,» dice Las Casas. Ante la inminencia del peligro, se hicieron nuevas rogativas y otro voto. Echáronse suertes para saber quién de entre los marinos iría en paños menores, descalzo, á Nuestra Señora de la Cinta, en la provincia de Huelva; y como de costumbre, la suerte designó también al Almirante: «esto le hizo pensar que Dios le acompañaba siempre, pero quería que se humillara y no se enorgulleciera por los favores que ya le había dispensado (1).

Además, cada uno hizo igualmente el voto de ayunar á pan y agua, el primer sábado siguiente después de la llegada de la carabela. Fué preciso abandonarse á merced de las olas, sin auxilio de velas, por la mucha violencia de la tempestad. En la noche, la tormenta redobló su furor. Siniestros relámpagos cruzaban la atmósfera; el agua caía á torrentes; las olas azotaban por todos lados al buque; ya una montaña de agua lo levantaba en los aires; ya, abriéndose las olas en forma de abismos, lo arrastraban á las profundidades de sus valles de espuma, y parecían deberle sepultar al volverse á juntar en estrepitoso choque. El siniestro ruido de las jarcias, los crujidos de las cuadernas respondían á los agudos silbidos de los vientos, á las detonaciones del rayo, cuyo eco parecía formado por la inmensa rompiente de las olas. Espantoso era aquel espectáculo, y ningún poder humano hubiera vencido aquel peligro. «Pero plugo á Nuestro Señor ayudar al Almirante, y mostrarle la tierra,» dice Las Casas. Descubriéronla hacia media noche. Sin embargo de la densa oscuridad intentaba distinguir en qué aguas se hallaban. No obstante lo atrevido de la maniobra, mandó el Almirante izar la gran vela de juanete no teniendo ningún otro medio para ayudar á la *Niña* á levantarse un poco encima de las aguas que tenían sumergida toda su proa. Se sostuvieron como pudieron. «Dios les conservó hasta el día (2),» en medio de las ansiedades y espantos de aquella noche horrible, noche de desesperación y de ruina para los buques en el mar.

(1) Las Casas, *Historia de las Indias*. Lib. I, cap. LXXIII.

(2) Las Casas, *Compendio del Diario de Colon*.—«Y así los guardó Dios hasta el día.»—*Lunes, 4 de marzo*.

El Almirante llegaba á las costas de Europa á últimos de un invierno desastroso, durante una de aquellas grandes conmociones de la naturaleza que trastornan las capas del aire, renuevan la atmósfera, la superficie de las aguas y hacen sentir su formidable impulso desde el polo al ecuador. Según decían los marinos, jamás invierno alguno había sido tan fecundo en naufragios. Cuatro meses hacía que reinaban vientos asoladores. El Océano Germánico ya no era navegable; las embarcaciones sufrían en los puertos bloqueados por la tempestad. Sólo en las costas de Flándes habían naufragado veinticinco buques españoles. Las playas quedaban por todas partes cubiertas de destrozos.

Á la hora del alba, al través del rocío del mar, especie de niebla producida por el oleaje espumoso y levantada al aire á manera de polvo húmedo, distinguió el Almirante el alto Peñon de Cintra, cerca del Tajo. La costa de Portugal, de acceso siempre difícil, cuando hay gruesa mar es horriblemente peligrosa en la tempestad. Ningún avance de las tierras, ninguna línea rota del litoral amortigua el impulso de las olas que vienen de mar adentro. Las aguas acuden sin obstáculo con violencia aumentada por la distancia, para estrellarse espantosamente en las rocas de la costa. Mientras tanto, el Almirante, aunque no podía acudir en su auxilio ningún práctico, esforzóse por entrar en el río, porque el penetrar en él era la única probabilidad de salvación que le quedaba. Totalmente cubiertas entonces las rocas de aquellas orillas por la avenida de las aguas y su lienzo de pavorosa espuma, engañaban con falaz apariencia. Una fuerza irresistible arrastraba á la *Niña* contra los escollos de aquellas hondonadas mientras la rechazaba de la embocadura de la que la desviaban también las aguas del río que había crecido con las lluvias. Hubiérase dicho que un poder tenebroso redoblaba su furor para impedir que tomara puerto el desdichado buque, destinado á naufragar casi á la vista del puerto.

Los habitantes de la población de Cascães, situada en la embocadura del Tajo, al ver la inminencia de su naufragio, corrieron á la iglesia; encendieron cirios, é hicieron rogativas durante toda la mañana por el alma de los marineros de la pobre carabela que parecía ser ya presa de un mar desapiadado. Y cuando por la asistencia de Dios, hubo entrado el Almirante en el río, todo el pueblo acudió á la orilla, mirando como milagro que se hubiesen librado de inevitable pérdida.